

DOMINGO V – ORDINARIO (CICLO A)

Isaías 58,7-10.	<i>Romperá tu luz como la aurora</i>
Salmo 111.	<i>El justo brilla en la tinieblas como una luz</i>
1 Corintios 2,1-5	<i>Os anuncié el misterio de Cristo crucificado</i>
Mateo 5,13-16.	<i>Vosotros sois la luz del mundo</i>

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Hoy continuamos con la escucha atenta del Sermón del Monte, la Carta Magna del cristianismo, que empezábamos el domingo pasado con el relato de las bienaventuranzas.

Ahora, en el evangelio que acabamos de escuchar, Jesús lanza a la vez un piro-po y un reto a sus discípulos: la fe, la dicha de la fe no es para guardársela y esconderla, sino para compartirla, para exponerla, para arriesgarla, para darla a los demás. Y utiliza para ello dos imágenes: la de la sal y la de la luz. Las dos comparaciones tienen como objetivo animar a los discípulos de todos los tiempos y mostrarles cuál es la misión de los que viven según el espíritu de las bienaventuranzas.

La imagen de la sal puede hacer referencia a la utilización de la sal como conservante para los alimentos o como condimento de la comida. En cualquier caso, el sentido de la imagen es claro: los discípulos están llamados a aportar al mundo el sabor, el toque final, es decir, la novedad del evangelio, algo que el mundo no posee, pero ellos sí. Igual que la sal se disuelve en la comida, así el cristiano en la sociedad, dándole sabor. Pero también, igual que la comida no debe tener demasiada sal, el cristiano debe hacerlo con inteligencia, con sabiduría, sin pasarse, sin presiones, sin dureza, con amor hacia aquellos que aun no conocen a Cristo, o no lo viven. El papel del cristiano es ser vínculo de unión entre sus semejantes y Cristo, no un obstáculo para ese encuentro. Cuánto cambiaría nuestro mundo, nuestra sociedad, nuestra Iglesia si lo hiciéramos tal como nos lo pide el Señor.

El significado de la imagen de la luz es similar al de la sal: el cristiano, que ha recibido la luz de Cristo, Luz del Mundo (cf. Jn 8,12), debe convertirse en lámpara, en luz para los que le rodean, no para alumbrarse a sí mismo, para eso ya están otros, sino para reflejar la luz de Cristo: su evangelio, con palabras y con obras.

El mismo evangelista, Mateo, considera que ser luz consiste, ante todo, en practicar las buenas obras para que todos los hombres den gloria a Dios. Con esta mención de las buenas obras se introduce el cuerpo del sermón del monte, cuyo tema principal será, precisamente, aclarar cuáles son las buenas obras que el discípulo debe poner en práctica. Pero el fin de todo está claro: dar gloria a Dios. Ese es el protagonista, el fin de todo.

En conclusión: aquí tenemos unas palabras hermosas que nos dirige el Señor comparándonos con la sal y con la luz. La sal da sabor y conserva los alimentos. En ese sentido el cristiano debe ser alegría, sencillez, paz, sosiego, un seguro refugio de amistad para los demás. La luz ilumina el camino, nos permite ver lo bello y lo no tan bello. En ese sentido el cristiano debe saber iluminar toda la realidad que le circunda desde la fe, lo bueno y lo malo. Somos luz para los demás cuando sabemos dar un buen consejo o animar a todos en la esperanza. Pero la sal se disuelve y la luz se consume. A veces nos cuesta y tenemos que aceptar ese sacrificio, sin volvernos “sosos” ni tapar nuestra luz.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

Haz una pequeña evaluación de tu vida en positivo. ¿Qué valores tienes tú en concreto para ser sal y luz para los demás? Una de nuestras tareas es el apostolado. Ser sal y luz implica ser apóstol de las cosas sencillas en tu familia, en tu ambiente. ¿Cuánto de bueno puedes y debes hacer? ¿Encuentras agradecimiento por parte de los demás cuando haces el bien? ¿O somos desagradecidos? Nunca dejes de ser sal que sala y luz que brilla, como Jesús.

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
